

en su intento de constituir un nuevo grupo social activo, lo cierto es que la pobreza, y la otra cara del espejo, la riqueza, están presentes a lo largo de toda la producción picaresca. Me interesa especialmente señalar la importancia del análisis dedicado en el libro a estos dos aspectos, y a la que se atribuye al triunfo y a la persistencia de una mentalidad tradicional sobre la pobreza, justificadora de la caridad y de la libertad del pobre para pedir, frente a la que defiende la justicia social como paso que supere la simple misericordia y evite todos los males que con ésta se acompañan. Creo que éste es uno de los grandes temas de la época, no sólo en España sino en todo el mundo occidental y sin una visión clara de los distintos planteamientos, los sujetos que los realizan y el triunfo final de uno sobre otro, no puede entenderse la evolución social, ni la política, del mismo modo que tampoco puede tenerse una clara apreciación de la misma evolución económica. Ya lo señaló tempranamente Maravall en su artículo sobre fray Juan de Robles⁵ y un amplio desarrollo de este tema está en el trasfondo de todo el estudio sobre la literatura picaresca.

Uno de los problemas de la época es el aumento del número de pobres y mendigos, muchos de los cuales abandonan los campos para ingresar en una muchedumbre de vagabundos que recorre los caminos y que acude, como recurso más lucrativo, a la ciudad. La oposición a afrontarlo, por parte de los grupos sociales dominantes y de los eclesiásticos que, salvo algunas excepciones, defenderán la vía de la caridad tradicional, de la no investigación de la pobreza, de la libertad para mendigar públicamente, trajo consigo «un entorpecimiento funesto para ordenar el trabajo lucrativo e industrial en España, cuyos penosos efectos han llegado hasta nuestros días»⁶ sostiene Maravall al exponer cómo esta tesis triunfaría, de hecho, sobre la de quienes defendían la reorganización de la sociedad, los que planteaban que el número de vagos no se debía únicamente a la ociosidad sino al hecho de que no existían trabajos suficientes, los cuales era preciso fomentar, incitando a los desplazados hacia el trabajo productivo y proporcionando, en su caso, ayudas para la financiación de actividades de este tipo. Esto hubiera permitido, según la tesis del libro, que nuestro país se acercara al camino seguido por otros países que fueron sentando las bases para la posterior revolución industrial. Los intereses dominantes en ese absolutismo monárquico-señorial que, según Maravall, es el concepto que mejor define nuestro sistema político del siglo XVII⁷ resultan más poderosos que las ansias de riqueza claramente manifiestas en la mentalidad moderna, y acaban triunfando sobre los impulsos de los grupos intermedios que tratan de constituirse en un poder efectivo.

El pícaro sería la respuesta a esto. Pero —y pienso que Maravall tiene aquí el acierto de situar al personaje en su justo lugar— no se puede entender su figura como la de un burgués que ha visto frustrados sus intentos de ascenso social, sino como las del residuo que, junto con otros marginados, dejan los grupos intermedios al desprenderse de los bajos y encuadrarse en el sector de los medianos⁸. El propio comportamiento del pícaro apunta en esta dirección. Lo que el pícaro busca, a través de cuantos medios, legales o fraudulentos, se ponen a su alcance, es el medro personal, individual, medro que es preciso entender —como Bataillon hiciera en sus últimas obras, coincidiendo con la interpretación mantenida por Maravall— como una búsqueda de la honra, del honor, siendo la riqueza la vía para lograr éste, para vivir como un «caballero». Pero este honor hay

⁵ J. A. Maravall, «De la misericordia a la justicia social en la economía del trabajo, la obra de fray Juan de Robles», *Moneda y crédito*, n.º. 148, Madrid 1979.

⁶ J. A. Maravall, *La literatura picaresca...*, op. cit., p. 53.

⁷ J. A. Maravall, *Poder, honor y élites en el siglo XVII*. Madrid, 1979.

⁸ J. A. Maravall, *La literatura picaresca...*, op. cit., p. 388.

que entenderlo, en la picaresca, no como virtud, no como algo intrínseco a la persona, sino como la obtención, al fin, de la deferencia por parte de los demás, el reconocimiento social del puesto privilegiado que los dominantes ostentan y que el pícaro lucha por alcanzar.

De ahí la importancia del análisis del pícaro, y su contemporaneidad. Es en el proceso de revelación de su figura donde la obra de Maravall resulta claramente enriquecedora para quien pretenda, no sólo conocer aquel mundo barroco, sino la sociedad actual. La aproximación a la figura del personaje se hace desde múltiples planos, utilizando los datos suministrados por los materiales de la época: la legislación, los procesos, los datos sobre la cifra de pobres y vagabundos, sobre el aumento experimentado por el número de los criados, de los delitos contra la propiedad, descripciones sobre la vida en la cárcel o los hospitales, datos sobre la economía, escritos teóricos sobre los problemas y las posibles soluciones a los mismos, etcétera. Y lo importante es que todo esto se hace dentro de un análisis comparativo, en el que se pone en relación lo que sucede en España con lo que en el resto de Europa ocurre. Y esta relación no se hace únicamente en el mero terreno material sino que se dirige asimismo al estudio de la mentalidad: a este respecto creo que resultan de una gran utilidad, y de imprescindible lectura, las páginas que Maravall dedica al tema de la ociosidad, tema que le ha venido preocupando desde hace tiempo y en las que muestra cómo este gusto por el no trabajar no es algo que sea intrínseco al carácter español, sino que es un fenómeno que se da en toda la cultura europea, señalando varios ejemplos en que el mismo problema es denunciado en otros países, pero que, en el nuestro, acaba convertido en «el» problema. Esto no ocurre tanto por su carácter previo sino por el hecho de ser el resultado directo de las condiciones entonces reinantes, que dejaban, como única vía de trabajo privilegiada, la del servicio.

Y el pícaro, que no es un rebelde, que no trata de cambiar para nada el orden existente, sino colarse entre sus grietas para llegar al nivel de los privilegiados que en él se encuentran, es alguien que no quiere servir. Tampoco mendigar: de hecho, y Maravall lo indica claramente, cuando el pícaro mendiga, lo que hace es utilizar, de forma fraudulenta, y en su propio e individual beneficio, el recurso a la mendicidad. Es el triunfo de la ficción de la mendicidad permitido por los que defendían la caridad tradicional a la que antes se aludió. Porque, al mendigar, el pícaro sueña que tal vez puede «salir de pobre», pero sirviendo nunca logrará salir de ahí. El servicio no es el camino para el medro, sino para el mantenimiento, como tal, de lo que ya es. Y no deja de ser significativo, a este respecto, que frente a la figura del pícaro, marginado y desvinculado de la sociedad, se dé la del gracioso, siempre criado o alguien dentro del mundo del servicio, y quien, a diferencia de aquél, funcionará como factor de integración⁹.

La única salida que la sociedad ofrece a alguien que, como el pícaro, es radicalmente individual y no quiere el camino que utilizará el rebelde, al intentar cambiar la estructura de la sociedad, es la búsqueda en soledad, marcada por la radical insolidaridad que caracteriza todo el comportamiento del personaje. Como muy bien dice Maravall «la soledad del pícaro es un estado de ruptura de solidaridad, de lazos altruistas con los demás, con los cuales, no obstante, sigue co-existiendo... pero transformando a los acompañantes en instrumentos para los móviles de la conducta picaresca»¹⁰. Y esta soledad es

⁹ J. A. Maravall, «Relaciones de dependencia e integración social. Criados, graciosos y pícaros» en *Ideologies and literature*, n.º. 4, 1977.

¹⁰ J. A. Maravall, *La literatura picaresca...*, op. cit., p. 315.

consecuencia, en su opinión, de la crisis de conciencia respecto a los valores sociales y, muy particularmente, con respecto a la pobreza.

La búsqueda, no obstante, no conduce sino al fracaso. Aquí, de nuevo, está el doble discurso de la novela picaresca. La revelación de las fallas y el fraude de la sociedad barroca, muchas veces hecha por la vía de la ironía, termina en una rotunda afirmación del fracaso, sin apenas ninguna vía de salida que no sea el camino trillado de siglos. Habla Maravall del deseo de libertad que hay en el pícaro, de ser «dueño de sí», tan propio de muchos escritos de la época. Pero la libertad, en el pícaro, se caracteriza fundamentalmente por su rechazo al servicio, no por su aspiración moral: no es algo positivo, sino una reacción, una resistencia a la dependencia del poder ajeno.

Se analizan en la obra los caminos de la picaresca, la utilización espúrea que hace de los términos —como el de «libertad», o el que irónicamente hace de la voz «industria» para designar las artes de que su inteligencia se vale para mejor utilizar a los otros en el propio beneficio, manipulando de este modo el contenido positivo del término; algo similar ocurre con la «prudencia», que no es ya virtud moral, sino conducta tecnificada de quien aprende a estar al acecho, presto a saltar sobre la presa en el momento adecuado, o con las referencias que se hacen a la «moral» misma, presentada como la apariencia, las meras formas tras las que se vela la infinita vaciedad del mundo moral que dice sustentar y cuyo fraude, en algunos momentos, desenmascara—. Creo que en este análisis que discurre a lo largo de todo el estudio, se descubre uno de los rostros fundamentales de la sociedad en crisis, un retrato de un mundo social en el que, como muy bien señala su autor, el pícaro cumple, con su desviación, una doble función: la de deterioro por un lado y la de apoyo por el otro, del orden establecido. Es, por otra parte, la función que un determinado tipo de desviación cumplirá también en las sociedades contemporáneas, como han señalado repetidamente los teóricos sociales, cuyos análisis son aplicados, con medida, en la obra de Maravall.

Merece la pena detenerse un momento en esa función estabilizadora del pícaro, antídoto del rebelde en la sociedad barroca. «Frente a la miopía de algunos abruptos e inservibles moralistas —dice Maravall— los dirigentes, los políticos, los escritores preocupados de la situación social, se dieron cuenta de que la tolerancia del pícaro era el precio a pagar por conseguir sustraer a cierto tipo de individuos de llevar a cabo su incorporación a la rebeldía» y sólo cuando aumente de forma alarmante el número de los que siguen la vida apicarada, en pleno auge de la crisis social, es cuando el pícaro terminará convertido en criminal, en «carne de cárcel». El pícaro no es un rebelde, se conduce al margen de las normas sociales establecidas «no para introducir otro régimen diferente normativo, cosa a la que aspira el revolucionario, sino optando por moverse (con renuncia y retraimiento, con astucia y juego oculto) en el terreno de la irregularidad»¹¹.

Y para llevar a cabo ese proceso de ascenso, a través de esos caminos irregulares, el pícaro se desvincula de familia, patria, amigos, vida religiosa y usurpa, de forma sistemática, los signos de las capas altas de la sociedad, ostentatoriamente, exhibiendo el lujo en las ropas, la comida, los coches, los criados, cuando puede y, sobre todo, haciendo alarde de su ociosidad. Porque el pícaro, y creo que la caracterización que hace Maravall es absolutamente certera, lo que pretende es ser un caballero, y lo que a éste le caracteri-

¹¹ *Ibidem*, pp. 438-439.

za es el ocio. No es el ocio forzoso del que hablaban Moncada o Cellorigo, entre otros muchos escritores políticos de la época, sino el ocio que es símbolo de un sistema que, en la propia novela picaresca, se muestra en sus inicios de putrefacción, minado en sus mismas bases de sustento, carente de moral que lo cohesione y en el que el discurso religioso integrador se ha terminado convirtiendo en una mera caricatura. La obra de Maravall, a lo largo de las páginas escritas durante más de cincuenta años, a las que habría que sumar todas las reflexiones hechas en sus clases, en conferencias, en conversaciones particulares en todos esos años dedicados a hacer historia, resulta imprescindible para comprender la evolución de la sociedad barroca, las diferencias que existen entre la española y la de otros países, pero también —y esto quizá sea preciso repetirlo tanto como él lo hizo— la serie de coincidencias, de desarrollos similares y de planteamientos teóricos gemelos, que corroboran una vez más que, si la historia de España es algo «diferente», propia y peculiar de un determinado entorno geográfico, dicha historia no es en modo alguno ajena, y resulta en muchos momentos coincidente, con la que se desarrolla en todo el resto del Occidente europeo. Esa es, a mi juicio, otra de las aportaciones básicas en el modo de hacer historia en José Antonio Maravall, presente desde sus primeros artículos, clara en sus clases, evidente siempre en todas las orientaciones que dio a todos aquellos que tuvimos la suerte de emprender investigaciones por él dirigidas (¿cómo no recordar la paciencia, la generosidad y la insistencia sobre la importancia de no quedarnos encerrados en el estudio de lo que sucedía dentro de los límites espaciales que llamamos España, sino que habíamos de integrarlo en el mundo del que, indudable e inevitablemente, formaba parte, puesto que ésta era la única forma de poder comprender el desarrollo histórico de nuestro país y su presente?).

No hay páginas bastantes para exponer la importancia de su obra, ni la de su docencia, la de su entrega y entusiasmo. Porque Maravall no sólo era un hombre animoso, sino que era capaz de transmitir ese ánimo que generaba, de forma contagiosa. Y eso, junto a tantas otras cosas, que en estas páginas que intentan ser un recuerdo en su homenaje sólo se han apuntado, hacía de él un buen maestro. De tantos de nosotros...

Carmen López Alonso